

agitó convulsivamente, y á poco rato quedó inmóvil. La sortija que estaba clavada en la horca, se soltó, porque la madera se había calcinado ya; y como si hubiese sido arrastrado al infierno, cayó entonces el cadáver y desapareció en medio de la hoguera.

Los espectadores fueron desapareciendo en silencio, solo el anciano se quedó al pie del suplicio; todos se preguntaban si aquel anciano era Satanás que iba á reclamar un alma juzgada.

Aquel anciano era un hombre, cuya hija violó Betisac,

.IV

Asesinato del condestable.

Si nuestros lectores, para entrelazar más fácilmente con sus detalles el conjunto de los acontecimientos que les referimos, quieren seguirnos fuera de las murallas de Bessieres; si consienten en abandonar las ricas llanuras del Languedoc y de la Provenza; las ciudades en las que se habla un dialecto hijo de Roma y de Atenas; los campos de olivos, por los que corren los ríos ribeteados de adelfas, las riberas que vienen á bañar cristalinas aguas, tibias todavía, del sol del Bósforo, desde el verde y profundo Océano, atravesando las llanuras desiguales de la Bretaña y bosques de encinas seculares, los conduciremos á algunas leguas de la antigua ciudad de Vannes, los introduciremos en uno de aquellos castillos fortificados, residencia prudente de aquellos poderosos vasallos

que están siempre dispuestos á revolucionarse. Allí, entreabriendo la esculpida puerta de una sala baja que sirve de comedor, veremos á dos hombres sentados á una mesa, que tienen en medio de ellos una copa de plata cincelada llena de vino, con la cual establece el uno frecuentes y admirables relaciones, mientras que el otro, sobrio, como si estuviese bajo un régimen higiénico, cubre su vaso con la mano cuantas veces intenta su compañero aumentar el volúmen del líquido virgen que se eleva á la mitad de su copa, ya que no puede conseguir que la vacíe.

El que hemos indicado como menos partidario de la temperancia, es un hombre de cincuenta á sesenta años, envejecido bajo el arnés de guerra, con el cual se halla casi enteramente revestido; su frente morena y colorada, en medio de la cual se dividen sus encanecidos cabellos, está arrugada, no tanto por la edad como por el peso eterno de su casco. En el intervalo de descanso que le deja la ocupación á que le hemos visto entregarse, apoya los codos encima de la mesa, descansa entonces su barba en sus fuertes manos, y su boca, oculta debajo de un espeso bigote, que pellizca hábilmente con su labio inferior, se encuentra á la altura de la copa, en la que de cuando en cuando

se sumergen sus ojos como para seguir en su retirada al licor que desaparece á sus reiterados ataques.

El otro es un hermoso joven, está recostado en un gran sillón ducal, en cuyo respaldo apoya su cabeza, y solo abandona aquella negligente postura para extender, como hemos visto ya, la mano sobre su vaso cuando el guerrero quiere aumentar el licor, que cada uno de ellos aprecia de distinto modo.

— ¡ Voto á !... primo de Craón, dijo el anciano dejando por la primera vez la copa encima de la mesa; es preciso confesar que á pesar de ser descendiente del rey Roberto, habéis tomado de un modo maravillosamente filosófico la afrenta que os hizo el duque de Turena.

— ¡ Ah ! señor de Bretaña, respondió Pedro de Craón sin cambiar de postura, ¿ qué queríais que hiciese contra el hermano del rey ?

— ¿ Contra el hermano del rey ? pase, aunque esto no hubiera sido para mí un inconveniente : el hermano del rey no es más que duque é hidalgo como yo ; y si á mí me hiciera lo que á vos os hizo... pero yo nunca me expondré á ello : no hablemos más de él. Á mí se me figura que ha sido otro el que ha tramado esta intriga.

— También lo creo yo, respondió flemáticamente el caballero.

— Y ese hombre, continuó el duque llenando de nuevo su vaso, que condujo á medio camino de su boca, ese hombre... tan cierto como está compuesta esta bebida, que al parecer no os gusta, del mejor vino que se vendimia en Dijón, de la mejor miel que se extrae de Narbona y de las aromas más finas que se cogen en la tierra de Asia (el duque vació el vaso), ese hombre no es otro que el infame Clissón.

Y dió un puñetazo encima de la mesa.

— Soy de vuestra opinión, respondió con la misma tranquilidad Pedro de Craón, que al parecer se había propuesto aumentar en frialdad á medida que el duque de Bretaña aumentaba en cólera.

— ¡ Y habéis salido de París con esa convicción en el corazón, sin intentar vengaros de ese hombre !

— Tuve intención de hacerlo, pero me contuvo una reflexión.

— ¿Cuál? preguntó el duque recostándose á su vez en un sillón.

— ¿Cuál? dijo Pedro apoyando á su vez los codos en la mesa, su barba en las manos, y mirando fijamente al duque; ¿cuál? Vais á conocerla, monseñor. Me dije á mí mismo: ese hombre que

acaba de insultarme á mí, simple caballero, ultrajó un día á un duque, á un duque tan poderoso y tan rico, que podía hacer armas contra un rey. Ese duque había dado el castillo de Gavre al famoso Juan Chandos; y cuando anunció á Clissón esta donación, que ciertamente tenía derecho para hacerla, Clissón le dijo: El diablo me lleve, monseñor, si alguna vez es vecino mío un inglés. Aquella misma tarde fué tomado el castillo de Gavre y arrasado al siguiente día. Ya no recuerdo á quién hizo el condestable ese insulto; solo sé que fué á un duque. ¡ Á vuestra salud, monseñor !

Pedro de Craón tomó su vaso, le vació de una vez y le dejó encima de la mesa.

— ¡ Por el alma de mi padre!... exclamó el duque, me decís eso para incomodarme, porque no ignoráis que á mí se me hizo ese desacato; pero sabéis también que seis meses después se hallaba el culpable prisionero en este mismo castillo en que nos hallamos.

— Y del cual salió sano y salvo.

— Sí, pagándome 100.000 libras, abonándome una ciudad y entregándome tres castillos.

— Pero conservando su vida, dijo Craón levantando la voz: su vida, á la que no se atrevió á atentar el poderoso duque de Bretaña por temor de

incurrir en el odio de su soberano: ¡100.000 libras, una ciudad, tres fortalezas! buen modo de vengarse de un hombre que posee 1.700.000 libras de plata, diez ciudades y veinte fortalezas. Hablemos con franqueza, primo mío; vos le teníais aquí desarmado, encadenado y en el más lóbrego de vuestros calabozos: le odiabais de muerte y no os atrevisteis á dársela.

— Lo había mandado á Bavalán, y Bavalán no lo hizo.

— Obró como debía, monseñor, porque cuando el rey le hubiera reclamado como asesino del condestable, tal vez el que le había dado aquella orden no se hubiera atrevido á incurrir en la cólera real; tal vez el servidor fiel, que no había sido más que la espada, fuera abandonado por el brazo que le dirigió; y cuanto mejor templado está un acero, tanto más fácil es que se rompa.

— Primero, dijo el duque poniéndose de pie, parece que sospecháis de mi honor; había dado á Bavalán mi palabra de protegerle, y le hubiera protegido, aun cuando fuera contra el rey de Francia, contra el emperador de Alemania ó contra el Papa de Roma. Solo me queda un pesar, continuó sentándose con aire sombrío y recobrando todo su odio, y es que Bavalán me haya desobedecido, y

que nadie se haya presentado para hacer lo que él no se atrevió á ejecutar.

— Y si alguien se presentase con este objeto, ¿estaría seguro, después de terminado el negocio, de encontrar en el duque de Bretaña un asilo y un apoyo?

— Un asilo tan seguro como lo es el santuario de una iglesia, dijo el duque con voz sonora, un apoyo tan fuerte como puede darle este brazo; y lo juro por la tumba de mis padres. Venga un hombre, es cosa ofrecida.

— Y aceptada, monseñor, exclamó Craón levantándose y apretándole la mano con una fuerza, de la que no le hubiera creído capaz el duque. ¿Por qué no lo dijisteis antes? Sería ya negocio concluido.

El duque miró á Craón con sorpresa.

— Es decir, prosiguió éste cruzándose de brazos, es decir que habíais creído que aquella injuria había resbalado en mi pecho como la punta de una lanza en el acero de una coraza. ¡No, no! se ha fijado en él y le despedaza. Creíais en mi alegría exterior y pensabais que ningún cuidado me ocupaba; pero muchas veces me habéis dicho, sin embargo, que estaba pálido, y esta palidez proviene del cáncer que me roe, y que me roerá

el corazón con los dientes de ese hombre, mientras que ese hombre viva. Ahora recobraré los colores de la alegría y de la salud; desde hoy entro en la convalecencia, y dentro de algunos días espero estar curado radicalmente.

— ¿Pues cómo?

Craón se sentó.

— Escuchad, monseñor, porque no aguardaba más que esa pregunta para revelaros cuanto hay sobre el particular: tengo en París, cerca del cementerio de San Juan, un magnífico palacio, habitado solamente por un conserje, hombre de toda mi confianza. Hace más de tres meses que le escribí hiciese provisión de vinos, harina y carne salada; que comprase armas, cotas de malla, manoplas y cascos de acero para equipar á cuarenta hombres; y estos cuarenta hombres me encargué yo de reclutarlos: los he elegido ya, y son compañeros emprendedores, que no temen ni á Dios ni al demonio, y que bajarían al infierno con tal que fuese yo á su cabeza.

— Pero os descubrirán, dijo el duque, si entráis en París con esa tropa.

— Me guardaré bien. Hace dos meses que á medida que los recluto los encamino á la capital en partidas de tres ó cuatro; y les tengo dada orden

de que una vez en el palacio, no salgan de él, y al conserje le he mandado que no les escasee nada: son una especie de frailes que están trabajando para ganar el infierno. ¿Comprendéis ahora, monseñor? Ese infame condestable va casi todas las noches al palacio del rey, se retira á las doce para ir á su casa que se halla situada en la calle de Bretaña, y pasa por delante del cementerio de San Juan, donde se halla la mía.

— El plan está bien combinado, dijo el duque.

— Y corresponderán los resultados, si Dios no se mete por medio, porque esta es obra del demonio.

— ¿Y cuánto tiempo permaneceréis aquí todavía, donde sois bien recibido?

— El que se necesite para ensillar mi caballo. Un escudero me trajo esta mañana esta carta del conserje, en la que me dice que todos mis hombres han llegado ya y que mi compañía está completa.

Pedro de Craón llamó á su escudero y le mandó ensillar el caballo.

— ¿Y no os quedaréis siquiera esta noche en el castillo de Hermine? dijo el duque viendo aquellos preparativos.

— Agradezco vuestra fineza, monseñor; pero ahora que todo está dispuesto, que solo á mí

aguardan, ¿ como queréis que tarde una hora, un minuto, un segundo? Debo marchar al instante y por el camino más corto: necesito aire, espacio, movimiento. Adiós, monseñor, me habéis dado vuestra palabra...

— Y la renuevo

— Pediros otra, sería dudar de la primera: gracias.

Á estas palabras se ciñó el cinturón de la espada, se arregló las botas de cuero gris con vueltas de tafletes encarnados, y despidiéndose del duque, montó precipitadamente á caballo.

Cabalgó tanto y tan bien, que á la tarde del séptimo día, después de su salida del castillo de Hermine, divisó las torres de París. Aguardó á que la noche hubiese cerrado para entrar en aquella capital, y llegó á su palacio sin que nadie reparase en él. Cuando se apeó llamó al escudero que guardaba la puerta, y le mandó que no permitiese entrar á nadie en la sala en que se hallaba, so pena de sacarle los ojos. El escudero transmitió la misma orden al conserje que guardaba el palacio, y consignó en su habitación á su mujer, hijo y doncella.

Hizo bien, dice cándidamente Froissar, porque si mujer y niños hubiesen andado por las calles,

la llegada de Craón se hubiera sabido al instante: mujer y niños, por naturaleza, revelan cuanto ven y cuantos secretos descubren.

Tomadas estas precauciones, messire Pedro de Craón eligió entre su gente á los más inteligentes, y los dió á reconocer al conserje para que pudiesen salir y entrar libremente. Les encargó que espiasen los pasos del condestable y que le siguiesen á todas partes, á fin de que le informasen de cuanto hacía. De este modo sabía todas las tardes dónde había estado por la mañana y á donde debía ir por la noche; sin embargo, las cosas permanecieron en este estado, y sin que se le presentase una ocasión oportuna para satisfacer su venganza, desde el 14 de Mayo hasta el 18 de Junio, día del Corpus.

En celebridad de aquella fiesta, el rey de Francia recibió á todos los barones y señores que se hallaban en París, y los convidó á un banquete, al que asistían la reina y la duquesa de Turena. Concluída la comida, para divertir á aquellas damas se mantuvo una justa en el cercado de palacio por los caballeros jóvenes y escuderos; y messire Guillermo de Flandes, conde de Namur, proclamado vencedor por los heraldos, recibió el premio de las manos de la reina y de las de madama Valentina; por la noche se bailó hasta la una, hora

en que cada cual se retiró á su casa ó posada, y casi todos salieron sin escolta.

Messire Oliverio de Clissón se había quedado de los últimos, y después de haberse despedido del rey, pasó á la habitación del duque de Turena; encontróle ocupado en arreglar su traje en vez de quitársele, y viéndole entretenido en aquellos detalles, le preguntó sonriéndose si iba á dormir á casa de Poulain.

Poulain era el tesorero del duque; y muchas veces, bajo pretexto de arreglar las cuentas de sus haciendas, salía éste por la tarde del palacio de San Pablo, lo que no hubiera podido verificar por la noche, porque estaba custodiado como residencia real, se dirigía á la cruz de Trahoir, donde vivía aquel hombre, y desde allí iba adonde le acomodaba. El duque comprendió lo que el condestable le decía: y poniéndole la mano en el hombro, le contestó riendo:

— Condestable, ignoro todavía dónde dormiré, y si para ello tendré que ir lejos ó quedarme cerca. Tal vez no saldré esta noche del palacio de San Pablo; pero por lo que á vos hace, es hora ya de que os retiréis.

— Dios os dé buena noche, monseñor, dijo el condestable.

— Gracias. En cuanto á ese particular, respondió el duque riendo, no tengo por qué quejarme, y casi creo que Dios se ocupa más de mis noches que de mis días.

— Adiós, Clissón.

El condestable conoció que le incomodaría si se detuviese allí por más tiempo: le saludó y fué buscar á sus criados, que le aguardaban con los caballos en la plaza de palacio. Su comitiva se componía de ocho hombres armados y de dos lacayos con antorchas.

Cuando el condestable estuvo á caballo, los dos lacayos encendieron sus hachas, y precediéndole tomaron el camino de la calle de Santa Catalina. El resto de la comitiva marchaba detrás de él, menos un escudero, á quien había llamado á su lado para encargarle que cuidara de una comida que el día siguiente daba el duque de Turena á sire de Cotey, á messire Juan de Vienne y á algunos otros caballeros, y para la que deseaba que no se omitiese gasto alguno.

En aquel momento se acercaron dos hombres á los lacayos y apagaron las hachas.

Messire Oliverio paró de pronto el caballo; pero creyendo que sería una chanza del duque de Turena que se le habría reunido, exclamó con tono alegre:

— Por vida mía, monseñor, que habéis procedido con mucha ligereza; pero os lo perdono, porque sois joven y no os ocupáis más que de los juegos y de los placeres.

Volvióse, y vió que un gran número de caballeros desconocidos se habían confundido con los que le acompañaban, y que dos de los recién llegados se habían colocado á pocos pasos de él. Entonces empezó á sospechar algún peligro, y parándose otra vez dijo:

— ¿Quién sois? y qué significa...

— ¡ Muera! ¡ muera Clissón! respondió el hombre que más cerca de él estaba desenvainando la espada.

— ¡ Muera Clissón! exclamó el condestable; muy arrogantes son esas palabras. ¿Y quién eres tú para pronunciarlas?

— Pedro de Craón, vuestro enemigo, dijo el caballero; me habéis enojado tanto, que es preciso que me vengue.

Y apoyándose entonces en los estribos, se volvió á su gente:

— Tengo al que buscaba, exclamó. ¡ Á ellos! ¡ á ellos!

Á estas palabras, se precipitó sobre el condestable, mientras que su gente hería y dispersaba á

su tropa. Aunque sin armadura y desapercibido messire Oliverio, no era hombre que volvía la espalda al peligro. Desenvainó un machete de dos pies de largo, que más bien llevaba como adorno que como defensa, y cubriéndose la cabeza con el brazo izquierdo, arrinconó su caballo á la pared para que solo se le pudiera atacar por delante.

— ¿ Los matamos á todos? preguntaba la gente de Pedro de Craón.

— Sí, respondía éste atacando al condestable. ¡ Pero ayudadme, para que este maldito condestable muera! ¡ Venid!

Dos ó tres hombres se destacaron y fueron en su ayuda. Á pesar de la fuerza y destreza de Clissón, no podía ser duradera una lucha tan desigual; y mientras que paraba un golpe con el brazo izquierdo y tiraba una cuchillada con el derecho, la espada de messire de Craón cayó encima de su cabeza. Clissón arrojó un suspiro, soltó el machete y cayó del caballo, dando con la cabeza contra una puerta, que se abrió al golpe, y quedó tendido en tierra con medio cuerpo en la casa de un tahonero, que habiendo oído aquel estrépito de hombres y caballos, entreabrió la puerta para ver quién causaba aquel ruido.

Messire Pedro de Craón quiso entrar á caballo

en aquella casa, pero no pudo conseguirlo porque era muy bajo el portal.

— ¿Queréis que me apee y que acabe de dar cuenta de él? preguntó uno de sus hombres.

Craón, sin responder, hizo andar á su caballo por encima de las piernas del condestable, y viendo que no daba ninguna señal de vida:

— Es inútil, dijo: si no ha muerto poco le falta; ha sido herido en la cabeza, y no levemente, puedo asegurároslo. Conque, señores, corriendo, fuera de la puerta de San Antonio.

Apenas desaparecieron los asesinos, cuando los criados del condestable que no habían sufrido un gran descalabro, se reunieron alrededor del cuerpo de su amo. El tahonero, viendo que aquel hombre era messire de Clissón, prestó su casa gustoso, le colocó en una cama, se encendió luz y dieron todos gritos de dolor, porque le creyeron muerto cuando vieron en su frente la profunda herida que había recibido y cubiertos de sangre su rostro y sus vestidos.

Uno de ellos, sin embargo, corrió al palacio de San Pablo, y como le reconocieron por un criado del condestable, le introdujeron en la cámara del rey, que fatigado de la fiesta y del baile, se había retirado de la habitación de la reina y se disponía

á pasar la noche en la suya. Iba ya á meterse en la cama cuando entró aquel hombre pálido, desgredado, y gritando:

— ¡Oh! monseñor, monseñor, ¡qué triste acontecimiento y qué gran desgracia!

— ¿Qué ha sucedido? dijo el rey.

— Messire Oliverio de Clissón, vuestro condestable, acaba de ser asesinado.

— ¿Y quién ha cometido ese crimen? preguntó el rey.

— ¡Ah! lo ignoramos; pero ese contratiempo le ha sucedido cerca de vuestro palacio, en la calle de Santa Catalina.

— ¡Pronto! dijo Carlos, ¡hachas! ¡hachas! criados. Muerto ó vivo, quiero volver á ver á mi condestable.

Se echó encima de los hombros una hopalanda, le calzaron los zapatos, y en menos de cinco minutos se hallaban reunidos los guardias y ujieres que estaban de servicio. El rey no quiso aguardar á que le trajeran un caballo, y salió á pie del palacio de San Pablo, acompañado tan solo de los pajes que le alumbraban y de sus chambelanes messire Guillermo Martel y messire Helión de Lignat.

No tardó en llegar á la casa del tahonero; su comitiva se quedó á la puerta, él entró, y mar-

chando derecho á la cama, tomó la mano al herido, y le dijo :

— Soy yo, condestable ; ¿ cómo estáis ?

— Muy débil, señor, contestó Clissón.

— ¿ Y quién os puso en tan lastimoso estado, valiente Oliverio ?

— Messire Pedro de Craón y sus cómplices, que traidoramente me atacaron estando yo desapercibido,

— Condestable, dijo el rey extendiendo la mano sobre él, os juro por mi corona que ningún crimen habrá sido tan severamente expiado como éste ; pero ocupémonos ahora de vuestra situación. ¿ Dónde están los facultativos ?

— Han ido á buscarlos, monseñor, dijo el criado del condestable.

En aquel momento entraron.

El rey salió al encuentro al que iba delante, y le condujo á la cama.

— Observad á mi condestable, señores, y decidme en qué estado se halla, porque me apesadumbra más su herida que si la espada me hubiera alcanzado á mí mismo.

Los médicos reconocieron al herido, pero el rey estaba tan impaciente, que apenas les dió tiempo de atar los vendajes.

— ¿ Corre algún peligro, señores ? preguntaba á cada momento : ¿ respondedme !

El que parecía más hábil se volvió hacia el rey.

— No, señor, dijo, y juramos que dentro de quince días le entregaremos á caballo á S. A.

El rey buscó una cadena, una bolsa, cualquiera cosa para dar á aquel hombre ; pero no encontrando nada le abrazó, se dirigió al condestable, y le dijo :

— Ya oís, Oliverio ; dentro de quince días estaréis tan bueno como si nada os hubiera sucedido. Me habéis dado muy buenas noticias, señores, y no me olvidaré de los grandes conocimientos que tenéis en vuestra facultad. En cuanto á vos, Clissón, no penséis más que en curar pronto ; ya os he dicho y repito, que ningún delito habrá merecido jamás la pena que á éste reservo ; que ningún traidor habrá sido castigado jamás con tanta severidad ; que ninguna sangre vertida habrá hecho correr jamás tanta sangre. Descansad en mi palabra ; tomo la ofensa por mía.

— Dios os lo premie, señor, dijo el condestable, y ojalá os recompense también la visita que me hacéis.

— Y no será la última, querido Clissón, porque

voy á mandar que os lleven á mi palacio, que está más cerca de esta casa que el vuestro.

Clissón quiso besar la mano al rey; pero Carlos le abrazó como lo hubiera hecho con un hermano.

— Me es indispensable dejaros, Clissón, porque he llamado á San Pablo al preboste de la ciudad de París, y tengo que comunicarle algunas órdenes.

Saludó al condestable, y entró en su palacio, donde encontró efectivamente al que había mandado llamar.

— Preboste, le dijo el rey precipitándose en un sillón, tomad soldados de todas partes, de donde queráis, de donde podáis; que monten en los mejores caballos de mis caballerizas, y por caminos y veredas, por montes y valles perseguid al traidor Craón, que ha herido á mi condestable; y sabed, que el mejor servicio que podéis hacerme es el de encontrarle, prenderle y conducirle á mi presencia.

— Señor, haré cuanto esté de mi parte, respondió el preboste; ¿pero no se sabe qué camino ha tomado?

— Eso es cuenta vuestra, dijo el rey; informaos y practicad diligencias. Marchad.

El preboste salió.

La comisión que el preboste llevaba era ardua,

porque en aquella época las cuatro puertas principales de París estaban abiertas de día y de noche, en virtud de una orden que al regresar de la batalla de Rosebecque, en la que el rey deshizo á los flamencos, messire Oliverio de Clissón había solicitado aquella orden, á fin de que el rey mandase sin oposición en su ciudad de París, cuyos habitantes se habían revolucionado durante su ausencia. Las puertas habían sido arrancadas de sus goznes y los batientes arrojados al suelo; habíanse quitado también las cadenas de las calles y de las encrucijadas, para que la guardia del rey pudiera correrlas de noche.

Y decidme, ¿no fué maravilloso que messire de Clissón, que había provocado aquella medida, fuera el primero que experimentara sus inconvenientes? Si las puertas hubiesen estado cerradas y puestas las cadenas, messire Pedro de Craón no se hubiera atrevido nunca á ultrajar al rey ni al condestable como los ultrajó; porque hubiera sabido, que una vez cometido el crimen, no habría podido eludir el castigo.

Pero no sucedía así: al llegar al sitio designado, messire de Craón y sus cómplices encontraron las puertas abiertas y el campo libre. Unos dicen que atravesó el Sena por el puente de Charentón;

otros pretenden que pasó por debajo de Montmartre, y que dejando á la izquierda la puerta de San Honorato, atravesó el río por Ponzón. Lo cierto es que á las ocho horas llegó á Chartres con los de su comitiva que mejor montados estaban, porque los otros se habían dispersado, tanto por haberse cansado sus caballos, como por no llamar la atención yendo todos reunidos. Allí encontró caballos de refresco en casa de un canónigo que había sido su capellán, y que por orden suya los reunió, ignorando el uso que de ellos se quería hacer. Una hora después se hallaba en el camino del ducado de Mena, y á las treinta horas en su castillo de Sablé, donde se detuvo porque se creyó en seguridad.

El preboste, por orden del rey, había salido de París con unos sesenta hombres armados, había emprendido la marcha por la puerta de San Honorato, y como encontró pisadas frescas de caballos, las siguió hasta Chenevienne. Viendo en aquel punto que se dirigían hacia el Sena, preguntó, á un guarda del Ponzón si por la madrugada había pasado alguna gente; éste le contestó que á eso de las dos había visto atravesar el río á doce hombres montados, pero que no había reconocido á nadie, en atención á que los

unos iban armados de punta en blanco y los otros embozados en sus capas.

— ¿Y qué camino han tomado? preguntó el preboste.

— El de Evreux, respondió aquel hombre.

— Claro está, replicó el preboste, van en derecha á Cherbourg.

Y tomó el camino de aquella ciudad dejando el de Chartres.

Á las tres horas de marcha encontraron á un hidalgo que cazaba liebres, quien satisfaciendo á sus preguntas, contestó que por la mañana había visto unos quince hombres á caballo, que al parecer iban extraviados y estaban indecisos, y que habían tomado el camino de Chartres.

Aquel hidalgo los acompañó al sitio en que los caballeros atravesaron el campo; y como la tierra estaba blanda y húmeda de resultas de las últimas lluvias, vieron efectivamente en el suelo las pisadas de una tropa bastante considerable: el preboste y sus soldados, partiendo al trote, volvieron á tomar el camino de Chartres; pero en el rodeo que dieron emplearon mucho tiempo y llegaron á aquella ciudad muy entrada ya la noche.

Allí supieron que messire Pedro de Craón había pasado por la mañana. Se les dijo el nombre del

canónigo en cuya casa se desayunó y mudó de caballos; pero todas aquellas noticias llegaban ya demasiado tarde, porque era imposible alcanzar al culpable. El preboste dió la orden de regresar á París, y llegó á aquella capital el sábado por la tardé.

El duque de Turena había enviado también en persecución de su antiguo favorito á messire Juan de Barres, quien había reunido cincuenta caballos. Salió por la puerta de San Antonio, donde encontrándose sin guía y careciendo de todo indicio, torció á la derecha, pasó el Marne y el Sena por el puente de Charentón, atravesó Etampes y llegó á Chartres el sábado por la tarde.

En esta ciudad adquirió las mismas noticias que se habían dado al preboste; y careciendo de toda esperanza, como él, de alcanzar al que perseguía, volvió grupas y tomó otra vez el camino de París.

Durante este intermedio, los guardias del rey, que hacían una batida en los campos inmediatos, encontraron en una aldea á pocas leguas de París dos hombres armados y un paje, que no pudieron seguir á messire de Craón á causa del cansancio de sus caballos; fueron presos inmediatamente, conducidos á París y encerrados en la cárcel.

Dos días después los llevaron á la calle de Santa Catalina, y delante de la casa del tahonero en que se cometió el crimen, les cortaron los puños; en seguida los condujeron al Mercado, donde se les cortó la cabeza y los colgaron de los pies en la horca.

El miércoles siguiente sufrió el mismo suplicio el conserje, que por no haber denunciado el crimen, incurrió en la misma pena que los que le habían cometido.

El canónigo en cuya casa messire Pedro de Craón había mudado de caballos, fué preso y juzgado por el tribunal eclesiástico. Le despojaron de todos sus bienes y rentas y por favor especial, y por haber sostenido constantemente que no había tenido noticia del crimen, se le dejó la vida, pero se le sentenció á alimentarse con pan y agua en perpetua prisión.

En cuanto á messire Pedro de Craón, se le juzgó como á contumaz: se le confiscaron sus bienes, sus muebles pasaron al tesoro, y sus tierras fueron distribuidas al duque de Turena y á los cortesanos del rey.

El almirante Juan de Vienne, encargado de apoderarse del castillo Bernard, entró de noche en aquella fortaleza con sus soldados; hizo levantar de

la cama á Juana de Chatillón, esposa de Pedro de Craón, una de las mujeres más hermosas de aquella época, y la mandó arrojar desnuda con su hija á la puerta de su casa. El palacio en que se tramó el complot fué arrasado, y su terreno se agregó al cementerio de San Juan. La calle de Craón que su noble señor había bautizado, recibió el nombre de calle de Mauvais-Garçons, nombre que lleva todavía.

Cuando recibió estas noticias y supo que se le había juzgado, no se creyó seguro messire Pedro de Craón en su castillo de Sablé, y marchó al del duque de Bretaña. Éste conocía ya el resultado de aquella desgraciada empresa, y sabía que su enemigo común no había muerto; así es que cuando vió entrar á su primo avergonzado en aquella sala de la que salió tan arrogante, no pudo menos de exclamar:

— ¡ Ah! primo, poco valéis cuando no habéis podido matar á un hombre que estaba en vuestro poder.

— Monseñor, respondió Pedro, creo que todos los demonios del infierno le han guardado y librado de mis manos, porque yo solo le he tirado más de sesenta cuchilladas, y os juro por Dios que le creí muerto cuando cayó del caballo; pero la suerte

quiso que una puerta estuviese entornada en vez de estar cerrada, y que cayese dentro en vez de caer fuera; si hubiese caído en la calle, le hubiéramos pulverizado á los pies de nuestros caballos.

— Sí, dijo el duque con aire sombrío, pero ha sucedido lo contrario, ¿ no es verdad? Y ahora que estáis aquí, sé de positivo que no tardaré en recibir noticias del rey, pero no importa, primo; sea cual fuere la guerra en que incurra por causa vuestra, os había dado mi palabra de recibirlos: bien venido seáis.

El anciano duque dió la mano al caballero, y llamó á un escudero para que trajese vino y dos vasos.